

El último amor de Galdós*

Se dice que el primer amor es el verdadero, y suele olvidarse que el último amor, además de verdadero, es el de mayor intensidad. El investigador y catedrático de la universidad de la Laguna, Sebastián de la Nuez nos ofrece un testimonio de esta gran verdad en su libro *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1907-1915)*, de lectura apasionante, por el interés de la correspondencia y por el documento humano, que completa una parcela desconocida de la biografía de Galdós.

El libre acceso a los archivos, que no siempre fue fácil, la compra de documentación a los poseedores que atesoran las cartas, sin destruirlas, como en otros tiempos, hace que cada día aparezcan nuevos datos para poder escribir el libro definitivo sobre el escritor canario. De modo que todavía hoy cualquier libro sobre la vida de Galdós no pasará de ser un ensayo incompleto.

Cuando en 1975 nosotros publicamos las cartas de Emilia Pardo Bazán a Galdós¹ se abrió un nuevo capítulo en la biografía galdosiana. Por supuesto que faltaban las cartas de Galdós a la condesa, como ahora faltan las de Teodosia Gandarias a Galdós, que posiblemente fueron destruidas. Pero hemos de conformarnos, porque estas 260 cartas de Galdós no solamente nos ofrecen la dimensión humana de don Benito, sino una serie de datos literarios del mayor interés.

Solterón empedernido, hombre enamorado, de sucesivos amores, dedicado por completo a su obra, de una fecundidad asombrosa, cobijado en el hogar familiar, bajo los cuidados atentos de las mujeres que lo regían, don Benito jamás pensó en independizarse y crear un hogar con esposa e hijos. Todo eso siempre estuvo al margen, lo que no impidió que cuidase desde lejos a su hija María, y siempre correspondiese monetariamente al mantenimiento de sus amantes.

A pesar de su dedicación total a su obra, para la que vivía, entregado diariamente a la tarea de escribir y de corregir pruebas, ajeno a las menu-

* Sebastián de la Nuez Caballero: *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1907-1915)*. Colección Pro-nillo. Ed. Librería Estudio. Santander.

¹ Emilia Pardo Bazán: *Cartas a Benito Pérez Galdós. Prólogo y edición de Carmen Bravo-Villasante*. Turner. Madrid, 1975.

dencias de la vida diaria, Galdós fue hombre cariñoso y afectuoso, que no pudo vivir sin la relación con las mujeres, lo que, por otra parte, le permitió ese extraordinario conocimiento del alma femenina, del que da muestras en las protagonistas de sus novelas.

Enamorado a los 64 años de una mujer, de la que apenas sabemos nada, y menos la edad, Galdós manifiesta en sus breves o extensas cartas un sentimiento exaltado del amor. Él mismo dice en su carta del 6 de agosto de 1907: «El amor es la vida, el amor ennoblece, el amor alegra. Sustrayendo de la vida el amor, podremos comprender el infierno».

Por las cartas de Galdós se percibe la personalidad de su amada Teodosia. Por ellas sabemos que era maestra, y que en algún momento le pide a Galdós, con enfado de éste, una recomendación para lograr una plaza; que era culta y estudiosa, que sabía francés, y que empezó a estudiar inglés en estos años de sus amores con Galdós, que le enviaba libros ingleses; que era mujer superior por sus conocimientos literarios y su gusto, ya que solía aconsejar a Galdós cuando éste le dejaba sus obras antes de imprimirse, para que suprimiese alguna escena o fragmentos novelescos, lo que ella llamaba machaconería. Sabemos que Galdós la considera su colaboradora, en más de una ocasión es amanuense, correctora de pruebas y, con frecuencia, consejera.

Los encabezamientos de las cartas que Galdós dirige a Teodosia dan idea de su enamoramiento y embeleso: «Adoradísima Teodosia, Teodosia vida mía» o «Amadísima mujer y cielo mío». En otra ocasión: «Mi cielo, mi vida, mi esperanza y mi solución de todos los problemas del espíritu» o «Adorada Teo, sin par mujer, mi musa y mi inspiradora», «Encanto, preciosidad, alegría del mundo, sol mío, mi estrella polar», «Mujer inteligentísima y guapísima». Las despedidas no son menos apasionadas: «...tu amantísimo y enamorado», «Te adoro y te idolatro y no hallo palabras con que expresarte la intensidad de mi cariño», «Adiós, lumbrera mía, y compañera de mis trabajos, amadísima y sin par mujer», «Amándote, adorándote y poniéndote sobre todas las cosas», «Pensando en ti siempre, siempre para ti, y sólo para ti vive tu amantísimo», y todavía en 1915, y pasados más de diez años, Galdós se despide así: «Te ama locamente» y «Tuyo hasta la muerte tu amantísimo».

En este último gran amor de Galdós, en más de una carta, quedan evidentes las relaciones que mantenía con Teodosia. Próximo a regresar de Santander, Galdós piensa en lo feliz que será: «Cuando tu presencia y encanto y bondad y sutiles pensamientos me hagan dichoso y restablezcamos la bendita conjunción de nuestras almas y cuerpos, que alma sin cuerpo parece que no son almas efectivas», y poco después define estos encuentros

como: «Carne blanca en sábanas blancas», y en otra ocasión le dice: «Mi contestación la traeré yo, viniendo a descansar a tu camita blanda, junto a tu blancura».

En 1907 Teodosia anuncia a don Benito que se ha quedado embarazada, noticia que alegra a éste, aunque poco después la ilusión se desvanezca. Según Sebastián de la Nuez en un extenso y muy interesante prólogo, Galdós tuvo un hijo de Teodosia, del cual se sabe muy poco, pues murió tempranamente.

La circunstancia vital de Galdós, la sociedad española, la doble moral de los hombres del siglo XIX, hacen que, en más de una ocasión, Galdós maldiga la situación en que se encuentran él y Teodosia, él veraneando en la agradable frescura del Sardinero, y ella achicharrándose en los calores del Madrid chamberilero, donde estaba su casita: «Maldigo mi suerte, maldigo las mismas preocupaciones y tonterías sociales que consienten tanta iniquidad y desigualdad tan injusta. Esto no debe ser, y hay que ponerle, para el año próximo, un remedio cualquiera, siquiera paliativos... Me indigno conmigo y contra todos cuando pienso en esto».

Por la correspondencia íntima sabemos muchas cosas de la génesis de sus novelas, obras de teatro que Galdós escribió durante estos años en su mansión santanderina. Allí se gestan *Pedro Minio*, *Casandra*, *Alceste*, *Celia en los infiernos* y *Sor Simona*, obras teatrales de éxito. Allí escribe la novela de *El caballero encantado* y los Episodios Nacionales de *Don Amadeo*, al que califica del género de la picaresca, *De Cartago a Sagunto*, *Cánovas* y *Sagasta*. Pruebas van y vienen de Madrid, pues Galdós tenía la costumbre de ir dando a la imprenta las primeras páginas, según iba escribiendo.

Alternan este trabajo constante —se acostaba a las nueve y media, para levantarse a las cinco y escribir— con el entretenimiento del huerto-jardín. Se distrae *hortelaneando*, como él mismo dice. Hace visitas al balneario de Puente Viesgo, por consejo de Teodosia, para curar su reumatismo. Por una fotografía que se conserva de él, de 1908, Galdós todavía es un gran tipo. El bajón vendrá tres años después cuando empiece a perder vista, se opere de cataratas y le flaquee las piernas.

Todavía en 1912, con casi 70 años, Galdós se regocija con las lecturas que hace su amada y el interés que demuestra por conocer la buena literatura. Le envía paquetes de libros con *I promessi sposi* de Manzoni, *Le mie prigioni* de Silvio Pellico, que ella lee en italiano, *El Vicario de Wakefield*, la obra de Maquiavelo, de Rousseau, de Ovidio y le anuncia un libro de Pereda.

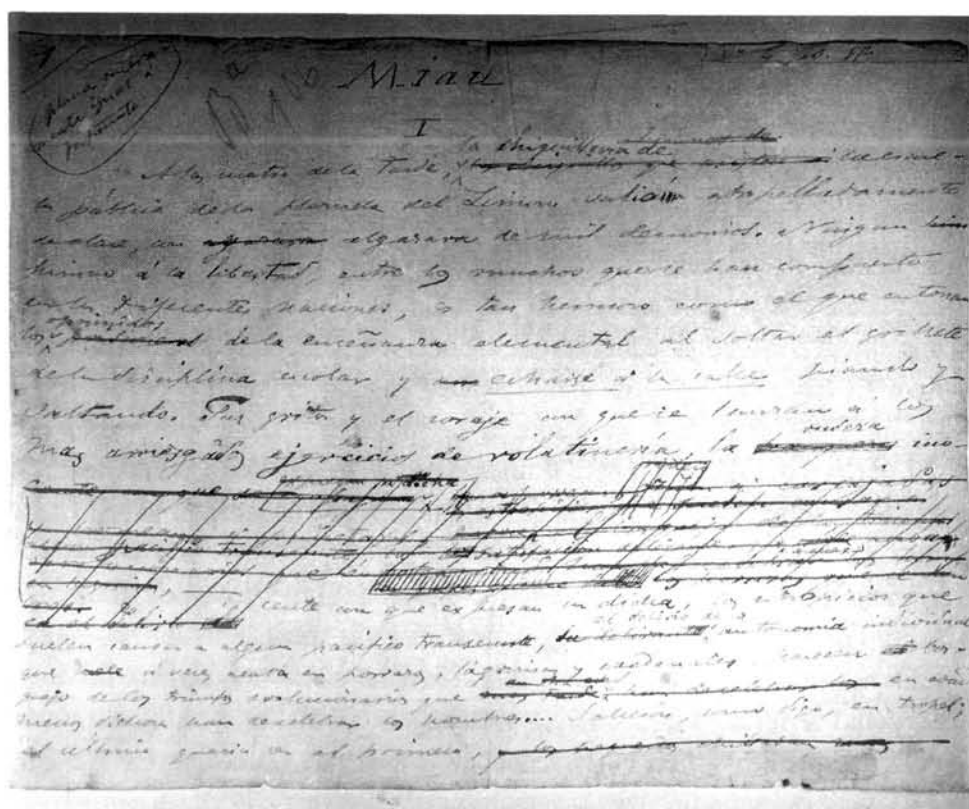
La última carta del Galdós está fechada el 23 de agosto de 1915.

¿Cómo terminaría aquello? No lo sabemos. Desde 1915 no queda rastro de correspondencia. La enfermedad de la vista de Galdós va en aumento y la ceguera es inminente. Apenas si puede caminar, debido a la artrosis.

Es posible que el amor y la amistad continuasen, pero no ha quedado huella alguna.

Esperemos que en un futuro próximo el profesor Sebastián de la Nuez nos ofrezca otro nuevo libro tan interesante como este, investigando en el riquísimo archivo de la Casa-Museo de Galdós en Las Palmas.

Carmen Bravo-Villasante



Fragmento del manuscrito
de *Miau*